

El paraíso es un archipiélago

ESCONDIDO EN EL CARIBE PANAMEÑO, EL ARCHIPIÉLAGO DE SAN BLAS ES UNO DE LOS POCOS ECOSISTEMAS DEL MUNDO QUE HA LOGRADO MANTENERSE INTACTO. HABITADO POR LA COMUNIDAD INDÍGENA KUNA, ESTE CONJUNTO DE MÁS DE 300 ISLAS SE POSICIONÓ EN EL TOP 3 ENTRE LOS DESTINOS PREFERIDOS POR LOS NAVEGANTES INTERNACIONALES. ES UNA DE LAS MEJORES OPCIONES DE TURISMO ECOLÓGICO, CULTURAL Y RESPONSABLE EN EL CONTINENTE. **Texto y fotos: Aniko Villalba**



Destino San Blas

Uno de los requisitos fundamentales para quienes decidan embarcarse hacia estas islas caribeñas es dejar de lado el sueño del lujo. En San Blas no hay resorts cinco estrellas, no hay negocios de primeras marcas ni free shops, tampoco condominios con vista al mar, malls ni restaurantes de lujo. Aún así, visitar este lugar donde casi no existe la electricidad y el agua dulce es un bien escaso, promete ser una experiencia mucho más auténtica y enriquecedora.

El viaje hacia el archipiélago de San Blas, ubicado a lo largo de la costa noreste de Panamá, puede iniciarse desde una de las ciudades más coloniales de Sudamérica o desde una de

las capitales más modernas de América Central: Cartagena de Indias (Colombia) o Panamá. Como no existe una vía terrestre para acceder directamente, el interesado en recorrerlas deberá elegir entre volar una hora desde la capital panameña o navegar durante dos días desde la urbe histórica colombiana. Quienes dispongan de menos tiempo pueden optar por el vuelo matutino hasta El Porvenir, isla que hace las veces de capital del archipiélago, y contemplar cómo amanece sobre el mar. Y aquellos que se animen a navegar podrán pasar 48 horas a bordo de un velero o pequeño catamarán y cruzar, desde Colombia a Panamá,

en compañía de delfines y ballenas. Cualquiera sea el medio de transporte utilizado, al llegar a destino la recompensa será inmediata: más de 360 islas dispersas sobre un mar quieto y turquesa, ubicadas a pocos metros unas de otras y rodeadas de arrecifes de coral. Este archipiélago, uno de los pocos sectores del mar Caribe -y del mundo- que permanece casi intacto, consiste en una franja de 300 kilómetros de largo por 10 de ancho. Y, más allá del paisaje de arena blanca y palmeras, lo que distingue a San Blas son sus habitantes: los kuna son una de las comunidades indígenas más tradicionales e independientes de Panamá y América latina.



La comarca de Kuna Yala

No se sabe con exactitud cuántas islas conforman el archipiélago de San Blas. Según la tradición kuna hay 365, una para cada día del año. Y, si bien los kuna habitan alrededor de 40, todo San Blas les pertenece. Esta comunidad tiene una característica que la diferencia de otras: a pesar de haber estado en constante contacto con culturas europeas y americanas, jamás permitió ningún tipo de influencia externa en sus territorios. Por eso, llegar a San Blas es ingresar al mundo de un grupo indígena que ha logrado mantener vivas sus tradiciones, costumbres, cultura e idioma hasta el día de hoy.

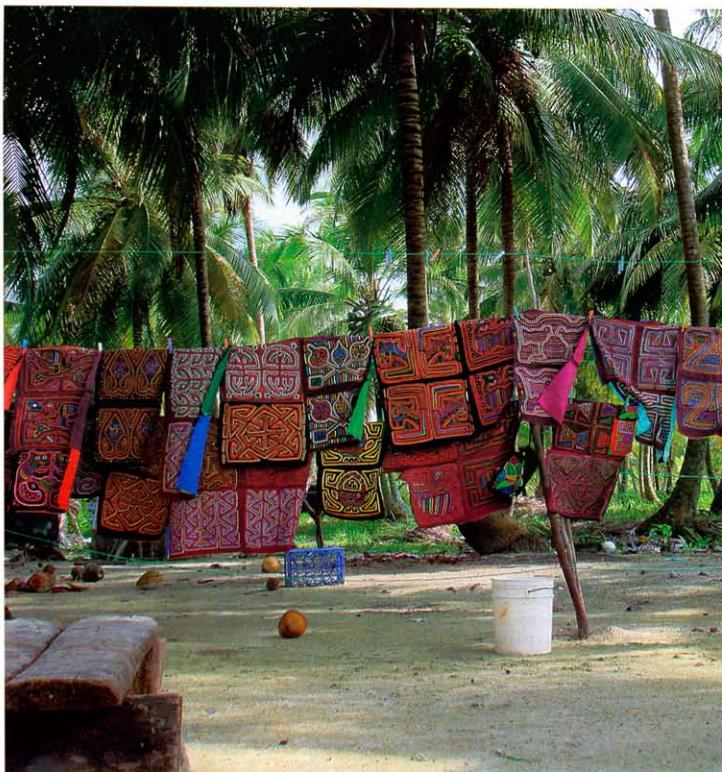
En su lengua, los kuna se autodenominan *dule* o *tule*, que significa indígena. Se estima que la comunidad está conformada por 70 mil habitantes: 32 mil viven en San Blas, 8 mil en una franja costera frente al archipiélago y 30 mil están dispersos en Panamá y Colombia. Políticamente están divididos en tres comarcas autónomas: Kuna de Madugandí, Kuna de Wargandí y Kuna Yala, esta última asentada sobre el archipiélago de San Blas. Si bien los tres sectores pertenecen geográficamente a Panamá, toda la región se autogobierna sin interferencia del gobierno nacional. Los caciques, líderes de las comarcas, se reúnen dos veces por año en el On-

maket Nega, una suerte de congreso general durante el cual discuten los temas que conciernen a la comunidad. Actualmente, los kuna son uno de los grupos originarios con mayor organización y autonomía política de Latinoamérica. Cada comarca, a su vez, está conformada por pequeñas comunidades o aldeas. En Kuna Yala hay 49, y cada una tiene su propio líder político y espiritual. Conocido como *saila*, se encarga de proclamar las leyes internas, organizar el sistema de impuestos y mantener el orden civil dentro de su grupo. Además, los *saila* transmiten, a través de canciones, las leyendas, mitología e historia de la tribu.

Las molas

La tradición kuna no se mantiene viva solamente a través de la oralidad. Uno de los elementos que cohesionan y ha dado reconocimiento internacional a la comunidad son las famosas molas. Son el resultado del trabajo artesanal clásico de este grupo: tejidos confeccionados, usados y vendidos por sus mujeres. Consideradas obras de arte en tela, las molas se han convertido en piezas de museo alrededor del mundo y son una de sus principales fuentes de ingreso.

La técnica de confección es mucho más compleja de lo que parece: consiste en apilar de tres a cinco telas de distintos colores y luego ir recortando contornos, desde la capa superior hacia la inferior, para dejar entrever los colores subyacentes. Los diseños son una muestra de la cosmovisión de los kuna: pájaros, peces, cangrejos, estrellas de mar y palmeras son algunas de las imágenes cotidianas que aparecen en los tejidos. Dado que se confeccionan manualmente, no hay dos iguales porque los dibujos y colores dependen de la creatividad de la autora. Sin embargo, estas prendas se pueden clasificar en tradicionales y turísticas. Es fácil diferenciarlas: las turísticas pueden compararse con un cuadro de arte figurativo, mientras que las tradicionales se asemejan a una obra de arte abstracto. Además, para las primeras se elige una sola gama de colores y se representan escenas del día a día (demandan una semana de trabajo). En el caso de las segundas, son una profusión de formas geométricas y figuras animales reconocibles. En su confección se usan hilos de por lo menos seis colores distintos, contrastados sobre una tela oscura, y su alumbriamiento puede llevar entre dos y nueve meses de trabajo.



Las mujeres

Ver a una mujer kuna por primera vez es una experiencia deslumbrante. Conscientes y cuidadosas de su aspecto, jamás pasan desapercibidas. Lo primero que llama la atención es su ropa: visten blusas holgadas y coloridas con las molas tradicionales bordadas cruzándosele el pecho y la espalda, polleras largas con diseños más simples y colores más oscuros, y un pañuelo rojo o naranja en la cabeza para protegerse del sol. Luego, los detalles: collares de mostacillas colgados del cuello pero también enrollados en brazos y piernas, y un aro de oro en la nariz.

A pesar de no hablar más que su propio idioma, las mujeres son las primeras en tener contacto con los turistas: se acercan en canoas a los barcos anclados frente a las islas y ofrecen sus productos. Además de las molas, confeccionan y venden carteras, vinchas, camisas, collares, pulseras y bolsos. Se hacen entender con pocas palabras y gestos. Son respetuosas y pretenden que el visitante también lo sea con ellas: a menos que den su consentimiento explícito, los turistas deben abonarles un dólar por cada fotografía que les tomen. La comunidad kuna es matriarcal y los roles están bien definidos. Ellas cocinan, lavan y cosen la ropa, limpian las casas, recogen el agua de los ríos ubicados en la franja costera y la llevan a sus aldeas. Pero no son solamente amas de casa: si bien tienen menor participación política que los hombres, son las encargadas de administrar el dinero de la familia (el principal ingreso económico de cada núcleo se deriva de la venta de las molas). Las abuelas se dedican a transmitir las tradiciones del pueblo a las nuevas generaciones, ya sea a través de cantos o enseñando los diseños de sus molas. Las hijas mujeres son muy valoradas porque serán las encargadas de traer nuevos hombres a la familia. Tras el matrimonio, el marido debe vivir en la casa de sus suegros y trabajar durante varios años como aprendiz para el padre de su mujer. Y los divorcios casi no existen.



Los hombres

Venancio Restrepo es un *master mola maker*. Así lo dice su tarjeta personal. Él es lo que los kuna llaman un *omegit*: un hombre que ha sido criado para cumplir el rol de una mujer. No se dedica a navegar ni a pescar ni a recolectar cocos como el resto de la población masculina, sino que se pasa el día confeccionando molas con las mujeres. Y es considerado uno de los artesanos más talentosos de todas las islas. Venancio habla kuna, perfecto español, inglés y sabe algunas palabras de italiano, francés e incluso japonés. Según cuenta, jamás salió de las islas ni tampoco fue a la escuela: todo lo que aprendió fue gracias a la visita de los turistas. Demuestra ser una persona

muy curiosa: hace todo tipo de preguntas a los recién llegados (de dónde son, cómo es su país, a dónde irán después, si prefieren Kuna Yala o su país de origen, cómo está conformada su familia) y traduce simultáneamente para que las mujeres que están tejiendo con él no queden fuera de la conversación. Por momentos interrumpe la charla para atender su celular: alguien lo llama desde otra isla, o tal vez desde Ciudad de Panamá, para hacerle un encargo. Créase o no, los kuna se comunican de isla a isla vía telefonía móvil... y siempre tienen señal. Incluso físicamente, Venancio es distinto al resto de los hombres: él es muy flaco y alto, mientras que la mayoría de

los kuna son bajos, tienen rasgos achinados, el pelo y la piel morenas. Los hombres, a diferencia de las mujeres, no utilizan la vestimenta tradicional (vesten bermuda, camisa y gorro) y la mayoría aprende inglés y español en la escuela. Sus días comienzan a las 4 de la mañana; a las 5 navegan hacia otras islas en busca de cocos para vender o intercambiar y luego se dedican a pescar, a trabajar en los cultivos, a reparar las viviendas y a tallar utensilios de madera. Muchos incluso hacen *delivery* de comida de mar: cargan sus canoas con langostas, pulpos, cangrejos y peces y van de velero en velero ofreciendo las especialidades del día.



Chozas y cayucos

Basta dar una vuelta por cualquiera de las islas para comprobar que todas las construcciones de Kuna Yala están fabricadas con elementos tomados del entorno. Las casas son chozas de bambú, madera y techos de palma; el baño es un pequeño cuarto de madera ubicado sobre el mar y la ducha consiste en un balde lleno de agua dulce y medio coco que sirve de recipiente. La cocina generalmente está afuera de la casa, y la cama (una hamaca paraguaya), adentro. La electricidad es limitada, por lo que muchas familias utilizan paneles solares para abastecerse de energía. Además, en cada isla hay un

pequeño sector reservado para estacionar los cayucos, las canoas utilizadas por los kuna para movilizarse de una isla a otra. Construidos íntegramente de un solo tronco y tallados con un machete, todos los cayucos tienen remos y timón, y algunos incluso una pequeña vela o un motor fuera de borda. Son fundamentales para la vida diaria y los niños aprenden a manejarlos a los cuatro años. Las mujeres los usan para llegar a tierra firme y para acercarse a los barcos turísticos a ofrecer sus productos. En tanto, los hombres se dirigen en canoa a sus plantaciones de maíz y yuca o las usan para pescar sobre los arrecifes y comerciar con las

islas vecinas. También hay cayucos construidos especialmente para llevar a los turistas a recorrer el archipiélago. Durante una vuelta por las islas el visitante puede encontrarse con algunas totalmente desiertas y, a pocos metros, con otras repletas de chozas y gente. En las aldeas más pequeñas de San Blas existe una tradición: cuando el último habitante de una familia muere, su casa es quemada y las cenizas son enviadas al mar en una pequeña balsa. Además de respetar profundamente sus tradiciones, los kuna mantienen un fuerte contacto con la naturaleza desde que nacen hasta que mueren.



Comercio y negocios

A pesar del visible desapego hacia lo material, los kuna son hábiles negociantes. Gerencian todos los servicios turísticos de San Blas, ya que la ley estipula que no puede haber ningún tipo de inversión extranjera en las islas. Tienen tres socios principales: los barcos colombianos, los restaurantes de Panamá City y los turistas. Los navegantes colombianos compran los cocos, considerados los mejores y más grandes del Caribe. Porque si hay algo que abunda en el archipiélago, son las palmeras: todas las mañanas los hombres se dedican a juntar cocos de las islas desiertas para, más tarde, venderlos o intercambiarlos con los comerciantes, quienes los utilizarán para elaborar productos gastronómicos a base de esta fruta. Los kuna proveen también a los restaurantes de la ciudad de Panamá: les venden langostas, cangrejos, pulpos y una amplia variedad de peces frescos. La comida de mar es muy popular entre los visitantes de San Blas y el plato principal de todos los alojamientos de la comarca. En tanto, los turistas, con su visita, ayudan a la comunidad a mantener sus tradiciones siempre y cuando demuestren respeto hacia el entorno que están visitando. De allí que, para ingresar a las islas, sea obligatorio registrarse y pagar una entrada (entre tres y cinco dólares en las islas principales y dos dólares en las privadas). Todo el dinero recaudado vuelve a la comunidad: por cada ganancia, los kuna deben entregar parte a su aldea en forma de impuesto.



Un día en Chichimé

Existen familias que eligen vivir aisladas del resto y fabrican sus chozas en algún rincón alejado. Es el caso de Chichimé, una isla de aproximadamente 60 metros de largo en la que hay dos chozas, una cocina al aire libre, un baño. Muchos veleros deciden anclar frente a esta isla tanto por su tranquilidad como por la calidez de sus habitantes. Allí viven, entre otros, una madre con su hijo. Ella se dedica día y noche a tejer sus molas y él, aún pequeño, se esconde entre las palmeras, dibuja en la arena y corretea por la isla.

Ninguno de los dos habla o entiende español ni inglés, pero reciben a los desconocidos con una sonrisa y se comunican con la ayuda de los hombres que habitan la isla. Las familias de Chichimé mantienen un estilo de vida simple y confortable, y aunque parezca increíble, sus costumbres siguen siendo las mismas desde antes de la llegada de Colón a América. La tradición oral kuna da evidencia de esta comunidad desde siglos antes de la colonización: se cree que emigraron desde el norte de Colombia hacia San Blas a causa de guerras con

otros grupos y del mal trato por parte de los españoles. A lo largo de su historia vivieron conflictos, enfrentamientos y rebeliones. Tras la separación de Colombia y Panamá, por ejemplo, muchos kuna se mantuvieron fieles al lado colombiano: en 1925 se rebelaron frente a las autoridades panameñas y en 1930 lograron el reconocimiento de su autonomía y territorio propio. Y a pesar de los acercamientos con culturas de todas partes del mundo, jamás dejaron de ser fieles a su estilo de vida.



Brújula

Aéreo: Buenos Aires-Ciudad de Panamá u\$s 1.693 (por Copa Airlines). El vuelo entre Ciudad de Panamá y El Porvenir, u\$s 106 (ida y vuelta, por Air Panama o Aeroperlas). El pasaje entre Buenos Aires y Cartagena de Indias (Panamá), u\$s 1.604 (por Copa Airlines).

Cruce en barco desde Cartagena de Indias: Desde u\$s 350.

Alojamientos: Hotel San Blas: u\$s 35 por persona (incluye comida y tour en barco). Yandup Island Lodge: cabaña para dos personas, u\$s 100. Coral Lodge: u\$s 430 (base doble, incluye tres comidas, bebidas, kayaks, equipo de snorkel e impuestos). Akwadup Lodge: habitación doble en temporada alta u\$s 210 la primera noche y u\$s 185 la noche extra.

Más información: www.sanblasvacations.com, www.sanblassailing.com, www.pearlpanama.com.

Fin de viaje

Si bien en San Blas el turista no se encontrará con el lujo propio de lo moderno, los kuna son excelentes anfitriones que harán que la estadía sea lo más confortable posible. Todos los alojamientos son manejados por familias locales y están contruidos con el mismo estilo de las chozas (cada cual decidirá si prefiere dormir en una hamaca frente al mar, como los nativos, o en una cabaña con baño privado). La consigna para conocer el archipiélago es estar preparado física y mentalmente para vivir una experiencia distinta. Siempre hay que tener en mente que elegir San Blas como destino turístico implica actuar con responsabilidad y ser consciente de las consecuencias ambientales que puede acarrear una visita: que el ecosistema siga manteniéndose intacto depende también, en gran medida, de los turistas. Abandonar voluntariamente este paraíso no será fácil. Una vez que se dé por finalizada la travesía, el regreso puede hacerse en avioneta desde El Porvenir hasta la ciudad de Panamá o en barco hasta otro sector del país o de Colombia. El tiempo de estadía en las islas dependerá de lo que cada uno quiera conocer. En San Blas las opciones pueden parecer acotadas, pero la riqueza cultural de los kuna, el principal atractivo del archipiélago, no se apreciará en un solo viaje. Paseos en cayuco, encuentros con el cangrejo rey (el más grande del Caribe), partidos de voley entre las palmeras, delivery de molas y langosta... San Blas promete unas vacaciones diferentes, excitantes, comprometidas con la naturaleza. Y, entre playas completamente desiertas y otras abarrotadas de chozas y cocos, cada cual podrá elegir su preferida entre las 365.